

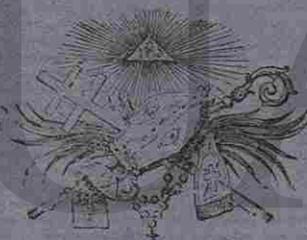
# CARTA PASTORAL

DEL ILMO. Y RMO. SR. ARZOBISPO DE MEXICO

Dr. D. Próspero M. Alarcón y Sánchez de la Barquera

DIRIGIDA A SUS DIOCESANOS  
CON MOTIVO DEL

STO. TIEMPO DE CUARESMA.



MEXICO.

IMPRESA GUADALÚPANA DE REYES VELASCO,  
Calle del Correo Mayor número 6.  
1898.

BX874  
.A4  
C3  
1898a  
c.1

3769

BX874

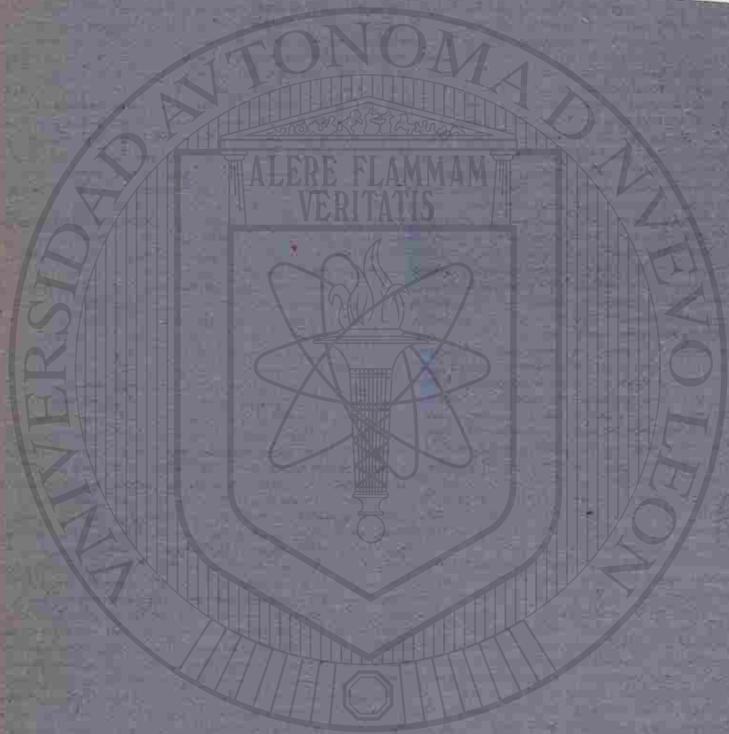
.A4

C3

1898a

c.1

03769



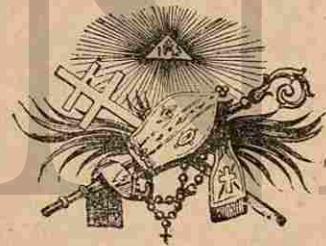
# CARTA PASTORAL

DEL ILMO. Y RMO. SR. ARZOBISPO DE MEXICO

Dr. D. Próspero M. Alarcón y Sánchez de la Barquera

DIRIJIDA A SUS DIOCESANOS  
CON MOTIVO DEL

## STO. TIEMPO DE CUARESMA.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
Biblioteca Valverde y Teller

MEXICO.

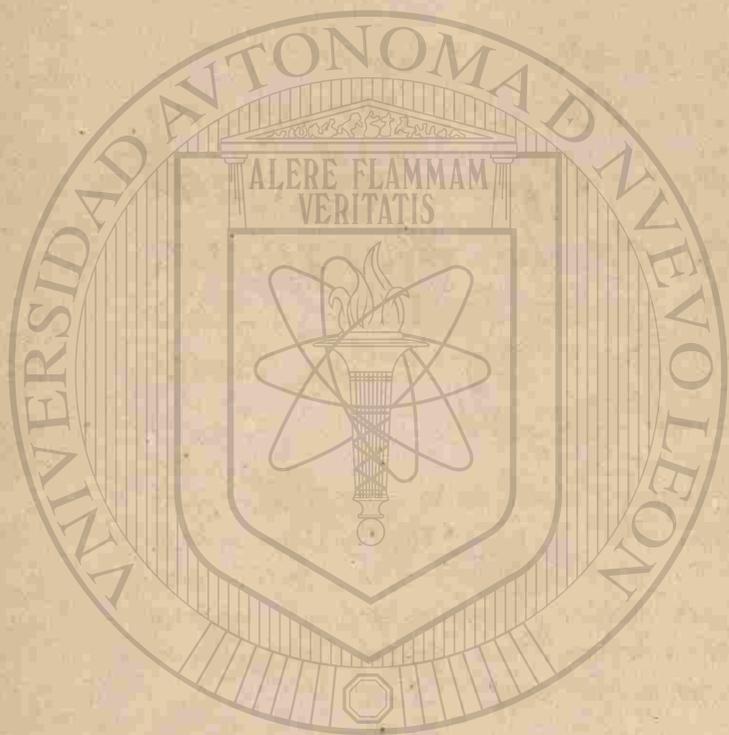
IMPRENTA GUADALUPANA DE REYES VELASCO,  
Calle del Correo Mayor número 6.  
1898.



Capilla Alfonsina  
Biblioteca Universitaria

40971

BX 874  
A4  
C3  
1898a



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ



*Nos el Dr. D. Próspero  
María Marcón y Sán-  
chez de la Barquera,*  
por la gracia de Dios y de la  
Santa Sede Apostólica, Arzo-  
bispo de México.

*Al Ilmo. Sr. Dean y Cabildo de Nuestra Santa Iglesia  
Metropolitana, al M. I. Sr. Abad y Cabildo de la  
Insigne Colegiata de Nuestra Señora de Guadalu-  
pe, al Clero Secular y Regular, y á todos los fieles  
de este Nuestro Arzobispado, salud y bendición en  
Nuestro Señor Jesucristo.*

Amadísimos Hermanos é Hijos Nuestros:

**F**OLÍCITA de la eterna salvación de sus amados  
fieles la Santa Iglesia Católica, nuestra Madre,  
nos recuerda con frecuencia las divinas enseñanzas  
de nuestro amabilísimo Jesús, Autor y Consumador  
de nuestra fe, para que en medio de los penosos afa-  
nes de esta vida de miserias y de dolores no perda-  
mos nunca de vista nuestro eterno y felicísimo des-  
tino. Conociendo muy bien que nuestra existencia

003769

sobre la tierra es muy breve, como de peregrino que pasa con rapidez hácia la amada patria entre penalidades y amarguras, hácenos prudentes observaciones sobre la necesidad de las tentaciones que sufrimos, y las grandes ventajas que de vencerlas podemos reportar. Enseñanos que para luchar con feliz éxito es preciso elevar el corazón al cielo, de donde viene todo eficaz socorro. Nos dá la voz de alerta, para que por los engañosos halagos del pecado no abandonemos á nuestro Dios, único y dulcísimo Bien que puede satisfacer por completo las ardorosas ansias de nuestros corazones; porque de ese funesto alejamiento, como de copiosa y envenenada fuente, brotarían para nuestras almas gravísimos y numerosos males. Sostiene nuestra esperanza con la memoria de la Providencia amorosísima de nuestro supremo Bien; y nos confía cariñosa sus amargas penas y el secreto de sus frecuentes lágrimas, para que no imitemos por nuestra desventura el triste ejemplo de tantos hijos desnaturalizados, que por su criminal obstinación se exponen tantas veces á una perdición eterna.

## I.

Para este primer Domingo de Cuaresma nos propone la Sta. Iglesia como preciosísimo tema de saludable meditación, este pasaje de la vida santísima de Cristo Nuestro Señor, referido por San Mateo:

*“En aquella sazón Jesús fué conducido del Espíritu de Dios al desierto para que fuese tentado allí por el diablo. Y después de haber ayunado cuarenta días con cuarenta noches, tuvo hambre. Entonces acercándose el tentador le dijo: Si eres el Hijo de Dios, di que esas piedras se conviertan en panes. Mas Jesús le respondió: Escrito está: No de solo pan vive el hombre, sino de toda palabra ó disposición que sale de la boca de Dios. Después de esto le*

*transportó el diablo á la santa ciudad de Jerusalén, y le puso sobre lo alto del templo, y le dijo: Si eres el Hijo de Dios, échate de aquí abajo. Pues está escrito: Que te ha encomendado á sus ángeles, los cuales te tomarán en las palmas de sus manos, para que tu pié no tropiece contra alguna piedra. Replicóle Jesús: También está escrito: No tentarás al Señor tu Dios. Todavía le subió el diablo á un monte muy encumbrado; y mostróle todos los reinos del mundo, y la gloria de ellos, y le dijo: Todas estas cosas te daré, si postrándote delante de mí me adorares. Respondióle entonces Jesús: Apártate de ahí, Satanás; porque está escrito: Adorarás al Señor Dios tuyo, y á El solo servirás. Con esto le dejó el diablo; y hé aquí que se acercaron los ángeles, y le servían.”*

Quiere ser de esta manera tentado nuestro amorosísimo Salvador, para enseñarnos á todos con qué prontitud y energía debemos rechazar la tentación cuando se nos presente. Porque es preciso que nos persuadamos, muy amados Hermanos é hijos Nuestros, de que en esta vida á todos nos asaltan tentaciones de varios géneros; por eso con tanta insistencia nos recomienda el Divino Maestro que despleguemos constantemente mucha vigilancia y oremos con fervor, para no caer en la tentación. Y cómo hayan de entenderse estas divinas palabras, nos lo dice San Jerónimo: “Es imposible que el alma humana no padezca tentaciones; por eso decimos en la Oración Dominical: *No nos dejes caer en la tentación*; no rehusando por esto la tentación, sino pidiendo fuerzas para resistir á ella. No dice, pues, el Señor: “velad y orad, para que no seais tentados;” sino “para que no caigais en tentación,” es decir, para que la tentación no os venza.” Ocasiones hay, en que aun las almas piadosas véense en la triste necesidad de llorar la ausencia de su Dios; que tal parece que sucede, bien que por la fe estamos ciertos de que con los que sufren *está su Divina Majestad en la tribulación, para ponerlos en salvo y llenarlos de gloria.* Y en medio de tales angustias ni gusta el alma de orar, como decía San Bernardo, ni le agrada leer, ni se goza de aquellas meditaciones en que antes tenía sus delicias: angustiada con tentaciones horribles ó con amargas tribulaciones, no acierta á moverse á compunción ni consigue derramar una lágrima; como aquellas encarpadas montañas de Gelboé, sobre las cuales lanzaba afligido el Rey David tristes imprecaciones, encuéntrase á veces el alma, por todas partes rodeada de

enemigos, que tales son las tentaciones interiores y exteriores que la combaten, careciendo de la lluvia de espirituales consuelos y como privada del rocío de la gracia. ¿Qué se ha hecho de los antiguos goces del espíritu, de la dulce serenidad de la conciencia, y de aquella paz suavísima en el Espíritu Santo? ¿Cómo soportar con valor tantas amarguras del alma, tantos disgustos interiores, tanta frialdad en el servicio de Dios? ¿Por qué me ocultas tu rostro, y me consideras como enemigo tuyo? piensa entonces el alma, lamentándose de su aparente desamparo con las palabras del santo Job. Pero justo es reconocer que muchas veces sufrimos esta ausencia de los consuelos de Dios, porque nos aficionamos demasiado á contentarnos á nosotros mismos; más nos buscamos á nosotros que á nuestro divino Dueño, y nos engolfamos tal vez sin ser necesario en los cuidados y efímeras satisfacciones del mundo. ¡Ah! Recordemos que, como decía el Señor á Elías en el monte Oreb, *no está Dios en el terremoto, ó en el torbellino de las aficiones y placeres de la tierra.*

Los días tempestuosos de esta vida, que el Espíritu Santo en el Sagrado Libro de Ezequiel llama *de nubes y de obscuridad*, exceden con mucho en número á los días serenos y tranquilos, porque nos vemos obligados á habitar una tierra herida de maldición y de todas las penalidades propias de un riguroso destierro. Bien lo comprendía el Santo Patriarca Jacob, que al ser preguntado por Faraon cuando con tanta honra compareció en su presencia, cuántos años tenía, respondió con acento de mal disimulada amargura: *“Los días de mi peregrinación son ciento y treinta años, pocos y trabajosos;”* como si quisiera decir: *“fecundos en penalidades y tentaciones,”* pues entonces, como ahora, eran sobremanera abundantes los peligros y las angustias de la vida. Y es que el Señor se propone en sus admirables designios abandonarnos en apariencia alguna vez y por muy poco tiempo, con el fin de premiarnos para siempre con una eternidad feliz. *“Por un momento te desamparé,”* nos dice por Isaías, *pero pronto te uniré á mí, usando de gran misericordia.”* Almas justas, que son muy amadas del Señor, experimentan esta continua sucesión de presencia y ausencia de Dios, de días de suavísimo consuelo y de tristes noches de penosas tentaciones y de amarga tribulación; pero preciso es que en uno y otro caso busquemos al Señor con toda el alma, no aspirando más que á servirle y complacerle

en todo, como dice el Real Profeta: *“Buscad al Señor y permaneced firmes, buscad incesantemente su rostro.”* Porque las tentaciones por todas partes y en todas circunstancias nos asaltan, y sobre esta tristísima situación nuestra nos previene el Espíritu Santo, cuando por el Apóstol San Pedro nos recomienda que seamos sobrios y estemos en continua vigilancia, *“porque nuestro enemigo el diablo anda girando como león rugiente á nuestro alrededor, en busca de presa que devorar; es decir, que por todas partes asediados de sus malignas sugestiones, no tenemos un momento de descanso.”* Nuestra vida, dice San Lorenzo Justiniano, deslízase entre asechanzas y combates: si no queremos ser vencidos, preciso es vigilar; si queremos vencer, es necesario combatir.” Pero no solo es incesante la guerra, sino que son terribles los enemigos con quienes es fuerza luchar. *“Tres enemigos tenemos, dice Pedro Blesense; la carne, el mundo y el demonio. La carne es enemigo doméstico, y por lo mismo es más de temer; el mundo es enemigo sofisticado, y por eso debemos precavernos más contra él; el demonio es el enemigo antiguo, razón por la cual debemos odiarle más. La carne sugiérenos satisfacciones suaves; el mundo cosas vanas, el diablo inícuas. La carne liga, el mundo hierde, el diablo mata. La carne inspira gustos sensuales, el mundo avaricia, el demonio soberbia. La carne nos humilla y nos abate hasta muy por debajo de nosotros mismos, por medio de la sensualidad; el mundo nos lleva fuera de nosotros por la avaricia, y el demonio nos eleva sobre nosotros mismos por la soberbia.”*

Grandes son las tribulaciones que la tentación atrae sobre nosotros; pero consolémonos, amadísimos hermanos é hijos nuestros, porque la tribulación es muy propia del cristiano. Y es además un gran beneficio cuyo alcance tal vez no comprendamos bien. Nos lo asegura el Espíritu Santo, escribiendo por San Pablo á los fieles de Filipos: *“Por los méritos de Cristo se ha hecho la gracia, no solo de creer en El, sino también de padecer por su amor.”* Precediéronnos en esta carrera verdaderamente gloriosa del sufrimiento los más ilustres patriarcas de la antigua Ley, de quienes se nos dice que á proporción de las tribulaciones que devoraban por su Dios, mayores eran las delicias con que su Divina Majestad los regalaba y más estrechos los lazos de amorosa familiaridad con que á ellos se unía. Tales fueron Moisés, Abraham,

Isaac y Jacob, á quienes especialmente se refería Judith cuando decía á los ancianos de Betulia: *"Ya que vosotros sois los ancianos ó mayores en el pueblo de Dios, y está de vosotros pendiente su alma, alentad con vuestras palabras sus corazones, representándoles cómo vuestros padres fueron tentados, para que se viese si de veras honraban á su Dios. Deben acordarse cómo fué tentado nuestro padre Abraham, y cómo después de probado con muchas tribulaciones llegó á ser amigo de Dios. Así Isaac, así Jacob, así Moisés y todos los que agradaron á Dios pasaron por muchas tribulaciones, manteniéndose siempre fieles."* Y si hasta entonces en los planes altísimos de Dios Ntro. Señor respecto de los buenos entraba por mucho el sufrimiento, no menos participación tiene en la Ley de gracia, entre tantos milagros y con tantos afanes promulgada por nuestro amabilísimo Salvador, cuya vida purísima y admirable fué siempre vida de tribulación y amargura. A este propósito escribía con mucha oportunidad á Timoteo el Apóstol San Pablo: *"Y ya se sabe que todos los que quieren vivir virtuosamente según Jesucristo, han de padecer persecución;"* palabras que parece comentar con estas San Ambrosio, al explicar el Salmo CXVIII: *"El que busca á Cristo, busca también sus tribulaciones, y no rehuye el padecer."* David, que era digno de que la tribulación le buscara, la buscó él mismo; pues <sup>siempre</sup> no la buscara ~~no~~ la habría encontrado; y que la encontró, nos lo asegura él cuando dice: *"Me hallé en medio de la tribulación y del dolor; é invoqué el nombre del Señor."* Sabio recurso ciertamente es invocar á Dios al padecer; porque con su auxilio se hacen dulces las pruebas más amargas. Con el santo Arzobispo de Milán conviene entre otros muchos San Jerónimo: *"Para los cristianos la bandera de la cruz es su delicia; verdaderos trofeos de nuestra vida, que no se conquistan con el brillo de las pompas, sino con los dolores que causan las miserias."*

Amarga es de ordinario la raíz del árbol, por más que sean dulces y sabrosos sus frutos; y esto mismo se observa en la tribulación, cuyos méritos y ventajas son verdaderamente incalculables; porque así como las estrellas lucen de noche, y no de día, como dice San Bernardo, así resplandecen las virtudes, no en los goces, sino en la adversidad. "Los santos, agrega San Lorenzo Justiniano, cuantas son las tribulaciones que padecen, tantas son también las palmas de victoria que merecen en el cielo; pero si

estas tribulaciones disminuyen por efecto de una cruel compasión, poco á poco va privándose su corona de esas piedras preciosas. Porque cuanto más fueren afligidos en este siglo con persecuciones, pobreza, por el rigor de las enfermedades ó el poder de sus enemigos, tanto más brillantes serán las honras con que serán exaltados después de su resurrección en la vida futura."

Preciso es, por lo tanto, amadísimos hijos Nuestros, que nos esforcemos en dar gloria á Dios Nuestro Señor luchando con vigor y fortaleza; y ésta la conseguiremos, sin duda, en medio de nuestra debilidad y miseria con el auxilio de la gracia, como dice el Espíritu Santo: *"Todo lo puedo en Aquel que me conforta,"* que es Cristo, nuestro Bien.

## II.

El Evangelio que se propone á nuestra consideración en este segundo Domingo de Cuaresma, es del capítulo XVII del de San Mateo:

*"En aquel tiempo tomó Jesús consigo á Pedro, y á Santiago, y á Juan su hermano, y subiendo con ellos solos á un alto monte, se transfiguró en su presencia. De modo que su rostro se puso resplandeciente como el sol, y sus vestidos blancos como la nieve. Y al mismo tiempo les aparecieron Moisés y Elías conversando con él de lo que debía padecer en Jerusalén. Entonces Pedro tomando la palabra, dijo á Jesús: Señor, bueno es estarnos aquí; si te parece, formemos aquí tres pabellones, uno para tí, otro para Moisés, y otro para Elías. Todavía estaba Pedro hablando, cuando una nube resplandeciente vino á cubrirlos. Y al mismo instante resonó desde la nube una voz que decía: Este es mi querido Hijo, en quien tengo todas mis complacencias: á El habéis de escuchar. A cuya voz los discípulos cayeron sobre su rostro en tierra, y quedaron poseídos de grande espanto. Mas Jesús se llegó á ellos, los tocó y les dijo: Levantáos, y no tengáis miedo. Y alzando los ojos no vieron á nadie sino á solo Jesús. Y al bajar del monte, les puso Jesús precepto, diciendo: No digáis á nadie lo que hayáis visto, hasta tanto que el Hijo del hombre haya resucitado de entre los muertos."*

Observad, amadísimos Hermanos é hijos Nuestros, cual es la poderosa eficacia de la oración; apenas comienza á orar nuestro amantísimo Salvador, se transfigura, bañado de celestiales resplandores y como si dejase escapar vivísimos destellos de su

divina gloria. Con esto ha querido enseñarnos la excelencia de la oración, que es por otra parte, como por experiencia sabemos altamente necesaria. San Dionisio Areopagita la llama "*cadena lucidísima*," cuyo epíteto comenta San Máximo, diciendo: "Con mucha propiedad compara nuestra oración á una cadena celestial; porque el que quiere acercarse á aquellas sagradas y altísimas cumbres de la gloria, como con sus manos se ase á esta preciosa cadena. Pedro Blesense la califica de "*de dulce vehículo en el áspero camino de la vida*." "La oración de Elías, dice San Juan Crisóstomo, le conquistó la gracia maravillosa de no morir, y después que abandonó la tierra, la de entrar en el cielo, morar con los ángeles, vivir con Dios, y poseer eternas mansiones á pesar de ser huésped terreno. Por la virtud de la oración Juan se transforma en un ángel en carne y en un habitante celestial en la tierra y con el oído, la vista y el tacto abraza á toda la adorable Trinidad. Y nosotros, hermanos, continua el santo Patriarca de Constantinopla, si queremos gozar de la gloria de Moisés, de la vida de Elías y de las virtudes de Juan, amemos la práctica de la oración."

La oración, además, nos asocia á los bienaventurados coros de los ángeles; pues la Iglesia inspirada y dirigida por el Espíritu Santo, nos invita en el Prefacio de la Misa á que supliquemos al Señor nos conceda la gracia de que nuestras voces y nuestros cánticos se confundan con los de los celestiales espíritus, diciéndole en actitud humilde y suplicante: "Santo, Santo, Santo es el Señor Dios de los ejércitos; llenos están de su gloria los cielos y la tierra. Hosanna en las alturas." Con la oración nos sentimos fuertes para resistir á todo género de peligros; porque bien seguros estamos de que permaneciendo el Señor con nosotros, nadie nos podrá dañar. Y esto es lo que nos dice el Espíritu Santo en el libro de los Proverbios: "*Ningún acontecimiento podrá contristar al justo; los impíos al contrario estarán llenos de pesadumbre*." ¿Por qué no subió á los cielos nuestro divino Jesús desde el monte Tabor, donde un día se había mostrado resplandeciente de gloria, ó desde el Calvario, en que tan brillante y decisiva victoria había conquistado sobre el eterno enemigo de las almas? ¿Por qué á estos montes de tan gloriosos recuerdos prefirió la sagrada cumbre del Olivete? Porque á la falda de éste se entretenía con frecuencia en orar, como nos dicen los Evangelistas.

"Sálfa á orar al monte, dice San Buenaventura, para enseñarnos que la oración debe versar sobre las cosas del cielo, y que el que ora debe estar elevado sobre las vanidades de la tierra; porque, como dice San Juan Damasceno, la oración es una elevación del alma hacia Dios."

A cada paso estamos sintiendo la necesidad de los divinos auxilios; y, ¿qué sería de nosotros si no los pidiésemos al Señor? Porque muy cierto es que su Divina Majestad, así como está resuelto á concedérmolos, así también tiene determinado que se los pidamos con instancia. Por eso tantas veces nos advierte en las Sagradas Escrituras que es preciso orar siempre y sin intermisión. "Si gran calamidad es para un ciego, dice San Juan Crisóstomo, no poder recrearse con la luz del sol, ¿cuánta mayor desgracia no será para un cristiano el no rogar incesantemente á Dios y no entrafñar con sus oraciones en su alma el esplendor de Cristo?" Si faltare el agua necesaria para regar un jardín, pronto se verían mustias y marchitas las flores; tal sucede también en el jardín del alma si falta el místico riego de la oración; porque así como á la perfección de la oración tiende, dice Casiano, la estructura de las virtudes; así también si con nuestras buenas obras no unimos la oración, de ningún modo podrá conseguirse en ellas solidez y estabilidad. Adquiérese con la humilde y sostenida oración un conocimiento más claro, un trato más íntimo con Dios Nuestro Señor, como El mismo nos dice por el Profeta Ezequiel: "*Y conocerán que Yo, el Señor su Dios estaré con ellos, y ellos, los de la casa de Israel, serán el pueblo mío, dice el Señor Dios*." Pero para adquirir verdadero espíritu de oración, es necesario prescindir y desasirse por completo de las máximas y tendencias de los mundanos; porque aunque es cierto que á toda clase de personas oye el Señor, favorece de una manera especial á los justos. "La oración, enseña San Cipriano, no puede ser eficaz cuando el corazón permanece estéril. Verdad es que la bondad de Dios oye á veces las súplicas de los malos; pero en el curso ordinario de las cosas solo á la virtud ha sido concedido este privilegio." De la eficacia de la oración dan testimonio harto expresivo las divinas palabras de Jesús, cuando nos dice por el Evangelista San Juan: "*Si permanecéis en Mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pediréis lo que quisiéreis, y se os otorgará*."

Obtenemos, por otra parte, en la oración la gran ventaja de

conocernos; pues, como decía S. Buenaventura, la oración es como un espejo, porque hace que los hombres conozcamos con más claridad nuestros defectos y nuestros adelantos; en ella se nos representa la conciencia con más lucidez, y si considera sus progresos, elévase alegre con la esperanza, y se humilla y confunde al reconocer sus defectos. Espejo clarísimo é indestructible fué siempre la oración para las almas que sinceramente buscaban á Dios; entre muchas podemos citar al bienaventurado Juan Bautista de Fulgino, al cual, como pudiese cierto día uno de los muchos pobres á quienes constantemente daba cariñosa hospitalidad, un espejo, que por acaso necesitaba, contestó: "*Yo no tengo otro espejo que Jesucristo, y este crucificado.*" Este fiel espejo de la oración ilumina con luz clarísima el entendimiento, como nos lo promete el Espíritu Santo en el libro del Eclesiástico: "*Los que teméis al Señor, amadle, y serán iluminados vuestros corazones.*" Porque el amor, que irremisiblemente nos excita á reconocer y penetrar cada vez más en las buenas cualidades del amado, no puede menos de hacernos comprender en la oración, y cada vez con más claridad, cuán digna es de alabanzas y de tiernísimo amor, la majestad infinita de nuestro Dios. En esta escuela de la oración aprendieron altísima sabiduría almas singularmente abstraídas, que jamás visitaron las academias, ni abrieron siquiera los libros que tratan de las divinas ó de las humanas ciencias. La virgen Santa Catarina confunde con irrefutables argumentos á los más sabios filósofos de Alejandría; los cuales, no pudiendo resistir á la fuerza de sus celestiales doctrinas no solo no lograron arrancar de su alma la fe de Jesucristo, sino que ellos mismos, confesándose vencidos, se convirtieron al catolicismo. Las Catalinas de Sena, las Magdalenas de Pazzis, Brígidas y tantas otras vierten en sus libros y Revelaciones torrentes de sobrenatural sabiduría, que al fin triunfa con celestial eficacia de las más tenaces prevenciones y del severo examen de los teólogos y sabios más eminentes. Santa Teresa de Jesús rayó tan alto en la penetración de estos misterios de divina ciencia, que la Iglesia en la oración de la Misa nos invita á que pidamos al Señor "alimente nuestras almas con el pasto de la celestial doctrina," que de una manera tan extraordinaria enriquecía el espíritu de la esclarecida Virgen del Carmelo. Y ¿dónde había estudiado el rey David, que de sí mismo confesaba que había llegado á saber más que todos los

ancianos, y á penetrar celestiales secretos que todos ignoraban, y ocultos misterios de la divina sabiduría? En la oración, que por virtud divina esclarece los más humildes entendimientos; porque como él mismo nos dice en sus inspirados salmos, todo el día se empleaba en meditar las divinas grandezas. En *Tope* sube San Pedro á orar sobre la azotea de su casa, y entiende el trascendental misterio de la Vocación de los gentiles; ciego se queda San Pablo á las puertas de Damasco, atónito, pero rendido ante las justísimas increpaciones que le dirige el divino Jesús; y en la oración recobra la vista, su alma aprende inauditas enseñanzas que le confortan, y alguna vez, en su trato íntimo con Dios, elevado al tercer cielo, oye celestiales arcanos que al hombre de más privilegiada inteligencia no le es dado explicar.

Con la virtud de la oración librase el alma de gravísimos peligros. Grande fué la indignación que contra Elías Tesbites concibió el rey Ocozías, al oír que inspirado por Dios había predicho su muerte; y ardiendo en deseos de tomar de él ruidosa venganza ó de obligarle á impetrar del Dios de Israel su perdida salud, envía gente armada para que le prendan y traigan á su presencia. Altivos se mostraron con el santo Profeta los oficiales que mandaban esta tropa, al mandarles bajar con gran descortesía y con imperio, del monte en que á la sazón se encontraba; y por esto perecieron, víctimas de las abrasadoras llamas que para defender al celador insigne de su gloria, hizo bajar del cielo Dios Nuestro Señor. De nuevo envía el obstinado rey Ocozías otros cincuenta soldados para que aprehendan al favorecido Profeta; pero el oficial que los mandaba, temiendo incurrir en la indignación del cielo si ofendía al enviado de Dios, y creyéndose por otra parte precisado á cumplir con las órdenes de su soberano, dobla sus rodillas ante el Profeta, y le suplica que se digne ir con ellos á la Corte, y presentarse ante el Monarca. Agradó tanto al Señor esta oración del afligido oficial, hecha á uno de sus más leales representantes, que no solo le preservó de la muerte tan temida, sino que hizo que pudiese cumplir con éxito la comisión que se le había confiado.

Nos invita el divino Jesús á que en la Oración Dominical, que El mismo vino á enseñarnos, le pidamos el reino de los cielos; y en muchas ocasiones nos dice que todo cuanto pidéremos al Padre celestial en su nombre, se nos concederá. Y ¿qué ma-

por tesoro pudiéramos pedir con tanta seguridad de conseguirlo? "No quiere dar, dice el Bellovacense, la mitad de su reiuo, como Asuero á Ester, y Heródes á la hija de Herodías, sino todo entero. Siendo El tan grande y magnífico, grande debe ser también el dón que ofrezca." Entretuvo con sus habilidades á Alejandro Magno un juglar, y á instancias de este emperador que quería largamente recompensarle, sólo pidió un premio insignificante. Reprendióle Alejandro por la ofensa que le hacía al pedir tan poca cosa á un rey de tanto poder, y le dió toda una ciudad, diciéndole: "Aunque tú no eres digno de pedir ni de recibir tan crecida recompensa, lo soy yo, y esta liberalidad es propia de mi grandeza." Pues ¿qué extraño que siendo infinitos el poder y la grandeza de Dios, nos ofrezca como premio de la oración bien hecha, de nuestras buenas obras y de las penas que por El suframos, todo un cielo?

Al que místicamente se transfigura en la oración unaiéndose cada día más con Dios Nuestro Señor, no pueden acobardar temores ni peligros, porque guarda su corazón y su inteligencia aquella paz divina que excede todos los goces del sentido. Y esta es la razón de que con tanto empeño nos anime, para que nos alegremos, el Apóstol San Pablo, y nos diga escribiendo á los Filipenses: "*No os inquietéis por la solicitud de cosa alguna; mas en todo presentad á Dios vuestras peticiones por medio de la oración, y de las plegarias, acompañadas con hacimiento de gracias.*" Nada hay que en línea de felicidad pueda compararse á la paz de una buena conciencia identificada con la voluntad de Dios y con la práctica de la virtud en el secreto de la oración. "*Guarda tu corazón con toda vigilancia, porque de él mana la vida,*" nos dice el Espíritu Santo en el Libro de los Proverbios; y cierto que no puede haber vida más preciosa que aquella que nos une al Corazón Sacratísimo de Jesús por medio de la oración, de la virtud y del sufrimiento. "Magnífica posesión la de un varón puro, dice San Juan Damasceno; bienaventurado aquel á quien no reprende su alma." Próximo se hallaba á la muerte el rey Ezequías, y repasando las épocas todas de su vida, gozábale ante el Señor, no de sus pasadas delicias, dice San Juan Crisóstomo, ni de haber extendido su reino, ni acumulado ricos tesoros, sino de la rectitud de su conciencia: "*Acuérdate, te ruego y suplico, oh Señor, de como he caminado en tu presencia con sin-*

*ceridad y con un corazón perfecto, y que he hecho lo que era agradable á tus ojos.*" Tratándose de los efectos de la buena conciencia santificada por la oración y la virtud, no podemos menos de recordar entre otras muchas la del Apóstol San Pedro en contraposición con la del rey Nabucodonosor. Hallábase el Príncipe de los Apóstoles en la cárcel de Jerusalén esperando el momento en que Heródes le mandase quitar la vida por haber predicado la fe cristiana; y era tan grande la serenidad de su conciencia, que el Espíritu Santo nos dice que con plácida tranquilidad dormía *en medio de dos soldados, atado á ellos con dos cadenas*; porque al que está con Dios no pueden quitarle el sueño los más graves peligros. En cambio, rodeado de magnificencia, de poder y de gloria mundana, el orgulloso monarca de Babilonia "*se estremece en sueños, y las ideas y fantasmas que pasan por su cabeza, le llenan de turbación.*"

Es, pues, sobremanera dulce, amadísimos Hermanos é hijos Nuestros, el tratar con Dios en la oración y servirle en la práctica de la virtud. Sobre las dulzuras del Maná, que sin embargo no alcanzó á llenar por completo el corazón de los hebreos, gozamos nosotros en nuestra divina Religión, que es Ley de amor, torrentes de gracias poderosísimas que llenan del todo nuestros corazones é ilustran con celestiales esplendores nuestras almas.

### III.

Para este tercer Domingo de Cuaresma la Santa Iglesia nos propone el siguiente pasaje del Evangelio de San Lucas:

*"En aquel tiempo estaba Jesús lanzando un demonio, el cual era mudo. Y así que hubo echado al demonio, habló el mudo, y todas las gentes quedaron muy admiradas. Mas no faltaron allí algunos que dijeron: Por arte de Beelzebub, príncipe de los demonios, echa él los demonios. Y otros por tentarle, le pedían que les hiciese ver algún prodigio en el cielo. Pero Jesús penetrando sus pensamientos, les dijo: Todo reino dividido en partidos contrarios quedará destruido, y una casa dividida en facciones camina á su ruina. Si, pues, Satanás está también dividido contra sí mismo, ¿cómo ha de subsistir su reino? ya que decís vosotros que yo lanzo los demonios por arte de Beelzebub. Y si yo lanzo los demonios por virtud de Beelzebub, ¿por virtud de quién los lanzan vues-*

tros hijos? Por tanto, ellos mismos serán vuestros jueces. Pero si yo lanzo los demonios con el dedo ó virtud de Dios, es evidente que ha llegado ya el reino de Dios á vosotros. Cuando un hombre valiente bien armado, guarda la entrada de su casa, todas las cosas están seguras. Pero si otro más valiente que él asaltándole le vence, le desarmará de todos sus arneses, en que tanto confiaba, y repartirá sus despojos. Quien no está por Mí, está contra Mí; y quien no recoge conmigo, desparrama. Cuando un espíritu inmundo ha salido de un hombre, se vá por lugares áridos, buscando lugar donde reposar, y no hallándole dice: Me volveré á mi casa de donde salí. Y viniendo á ella, la halla barrida, y bien adornada. Entonces va, y toma consigo á otros siete espíritus peores que él, y entrando en esta casa fijan en ella su morada. Con lo que el último estado de aquel hombre viene á ser peor que el primero. Estando diciendo estas cosas, he aquí que una mujer levantando la voz de en medio del pueblo, exclamó: Bienaventurado el vientre que te llevó, y los pechos que te alimentaron. Mas Jesús respondió: Bienaventurados más bien los que escuchan la palabra de Dios, y la ponen en práctica."

Entre las muchas y tristísimas reflexiones que sugiere este doloroso pasaje del Evangelio de hoy, una en alto grado desconsoladora es la de la reincidencia en el pecado, calamidad sobre todas lamentable; puesto que dá lugar á que el demonio, un día lanzado por el arrepentimiento y por la gracia, entre de nuevo en el alma del pecador con otros siete espíritus peores que él, y en ella fijen de nuevo su morada. Es esta una situación tan angustiosa, que no puede ser representada con términos más expresivos que estos con que la pinta el Espíritu Santo por el Salmista: "El hombre constituido en honor, no ha tenido discernimiento: se ha igualado con los incensatos jumentos, y se ha hecho como uno de ellos." Y no solo merece el reincidente ser comparado con los brutos, sino que de ordinario aparece en peores condiciones que ellos. "¿Qué perdón podemos tener, dice San Juan Crisóstomo, qué defensa si nos hacemos más irracionales que los brutos? El ave que una vez es cazada, si escapa del lazo, y el ciervo que cae en la red y logra huir de ella, difícilmente serán cogidos otra vez; porque á cada uno le enseña á ser cauto la experiencia. En cambio, nosotros muchas veces cogidos en pecado, volvemos á caer en los mismos; y, aunque dotados de razón, no

imitamos la solicitud y precaución de los brutos." Al eco de la voz amenazadora de Jonás, que anunciaba á los endurecidos ninivitas tremendos castigos, compungiérons todos ellos derramando lágrimas de verdadera contrición; y aplacando la ira de Dios con riguroso y general ayuno, vistieron áspero cilicio y cubrieron con ceniza sus cabezas, en testimonio de profunda sumisión á la voluntad de Dios y de cordial arrepentimiento por sus antiguos pecados. Dejóse calmar el Señor, siempre pronto para compadecerse y perdonar; y Nínive, al fin, no fué destruida porque las amenazas con que Jonás la había intimidado por orden de Dios, eran condicionales. Pero es lo singular, que el anciano Tobías, estando próximo á morir, predijo no sin solemnidad y con cierto aire de sobrenatural tristeza la ruina de Nínive. que efectivamente sucedió algún tiempo después á impulso de la venganza de los caldeos. ¿Cómo podía concebirse desgracia tan lamentable y tan ruidosa en una ciudad, que poco antes había dado tan edificantes muestras de penitencia? Porque después de ésta volvieron de nuevo á sus antiguos pecados, y reincidencias de este género acusan mayor ingratitude, y atraen sobre sus considerados autores la maldición del cielo.

El estado funestísimo del alma del reincidente en el pecado píntalo el mismo Dios con tan sombríos colores, que no pueden menos de hacer temblar al espíritu más despreocupado, si no es del todo incrédulo. Cuando un espíritu inmundo ha salido de un hombre, decía el Divino Salvador, se vá por lugares áridos, buscando lugar donde reposar, y no hallándole dice: Me volveré á mi casa de donde salí. A primera vista siéntese poseido de santa indignación el que estas palabras medita, y resuelto á decirle á Satanás con el piadoso Pablo Palacio: "Mientes, soberbio, que no es tuya aquella casa, sino de Dios, que la rescató con su Sangre preciosísima;" pero ¡ay! que por desgracia tiene el malvado espíritu fuertes razones para llamarla suya, "porque en ella tiene la inclinación al pecado, que favorece sus planes; tiene la ley de la carne que resiste á la ley del espíritu, y cautiva á éste con la ley del pecado. Si tiene en nosotros á nuestros propios enemigos, que le han prometido entregarle el alcázar de nuestra alma, ¿qué extraño que la llame casa suya?" Y no se contenta el protervo con volver á cautivar aquella alma infeliz para retenerla con más seguridad en el pecado, sino que se asocia otros siete espíri-

tus peores que él. "Tales son, dice San Anselmo, no solo los siete vicios capitales, contrarios á aquellas preciosas virtudes de que nos habla el Catecismo, sino la hipocresía con que pretende aparecer adornado de estas mismas virtudes." Significan también estos siete espíritus, dice San Pascasio, los vicios ó pecados que se cometen después de conocida la ley que los condena, y de recibida la suficiente gracia para evitarlos; porque los que esto hacen, "mejor les fuera, añade el Apóstol San Pedro, no haber conocido el camino de la justicia, que, después de conocido, volver atrás."

Figura del pecado es la lepra, y tan repugnante y tan temida era esta enfermedad en el pueblo de Israel, que todo "el que estaba contaminado de ella, y separado á juicio del sacerdote, se veía obligado á tener los vestidos descosidos por varias partes, la cabeza rapada y descubierta, tapando su boca con la ropa, y á avisar, gritando, que estaba contaminado é inmundo; todo el tiempo que estuviere leproso, tenía que habitar solo, fuera de poblado." Pero esta repugnancia y la infelicidad que causaba la lepra en el enfermo, era incomparablemente mayor cuando, después de curado de ella, volvía á aparecer esta temible dolencia. Comentando este pasaje decía San Jerónimo: "El que una vez ha sido curado, cuide con diligencia de no volver á pecar. Leemos en el Levítico (si es que leemos con los ojos abiertos) que en la cicatriz de la quemadura suele renacer la lepra y cambiar el color del pelo, aumentando á la deformidad anterior de la cicatriz una nueva fealdad. . . . Esto debe enseñar al hombre á evitar el pecado, no sea que necesite cauterio si, una vez curado, vuelve á renovarse su llaga." Y ciertamente, grande ligereza é inconstancia apenas concebible arguye en el pecador esa funesta facilidad para volver á ofender á Dios, á quien debe continuas muestras de gratitud; porque si una y otra vez vuelve á amar lo que después de seria deliberación había aborrecido, ¿qué concepto se puede formar de su anterior penitencia? "Vana es, dice S. Agustín, la penitencia que una nueva culpa viene á manchar. Una llaga que de nuevo se abre, tarda más tiempo en curarse; así el que llora y vuelve á pecar, más difícilmente merece perdón. De nada sirven los lamentos si se repiten los pecados. Nada aprovecha pedir perdón de las culpas, si otra vez se vuelven á cometer."

Agrava cada vez más su desgracia el reincidente; porque

cuando después de haber sido elevado á la amistad y gracia de Dios vuelve á caer por el pecado, parece dolerse y arrepentirse, no de sus extravíos, sino de sus confesiones y anterior resurrección á la gracia. Por eso decía San Isidoro: "Isaías dice á los pecadores: Purificáos, sed limpios. Purificase, pues, y está limpio el que llora sus pecados antiguos y no comete otros que le obliguen á llorar de nuevo. Lávese, y no está limpio el que llora los pecados cometidos, pero no renuncia á ellos, y después de sus lágrimas vuelve á hacer lo que había llorado. Por esto, á el alma un día penitente, que vuelve á delinquir, la increpa el Espíritu Divino diciéndola: *¿Cuán vil te has hecho en demasia, volviendo á tus antiguas maldades!*" Y es que, roto en esos espíritus infelices el freno del temor de Dios, solo atienden á satisfacer sus locas aspiraciones y á buscar en todo su contento; viven de una manera puramente natural, sin elevar al cielo los ojos ni el corazón, y parece como que en esas miserables satisfacciones de la tierra han cifrado toda su felicidad. Por eso les es amargo el pensamiento de la vida futura, y quisieran perpetuar la presente, aunque con los mezquinos y engañosos goces que brinda, vayan mezclados en mucho mayor número ansiedades y dolores. Estos desgraciados pecan ya por sistema y á sangre fría, que es el más abominable modo de pecar. Porque "el hombre, dice San Anastasio Niceno, peca de cuatro modos: de pronto, cuando se le ofrece ocasión; por fraude, por ignorancia, y por afecto. Los que pecan de los tres primeros modos, fácilmente lo reconocen, y vienen á penitencia; pero el que peca por afecto, y no por tentación, ese no se mueve á penitencia, y siéntese aquejado de una enfermedad incurable." Ese infeliz parece renovar contra Dios aquella temeraria lucha, que contra los ángeles buenos emprendieron en el cielo los rebeldes espíritus acaudillados por Satanás; porque, del mismo modo que estos, peca con pleno conocimiento de la grandeza de Dios que le dá vida, y del fin tristísimo que espera á los insensatos imitadores de Luzbel. Y observad, Hermanos é hijos amadísimos, que de aquellos desventurados que peleaban contra Dios dice el sagrado Libro del Apocalipsis, que *no quedó ya para ellos lugar ninguno en el cielo;* castigo horribilísimo que con tanta razón pueden temer los que pecando por malicia y con funesta reincidencia, los imitan en su satánica y sostenida rebelión.

Porque la reincidencia es de ordinario un mal casi incurable. La experiencia nos dice que si en un principio es fácil resistir al pecado y enmendarse, después de algún tiempo es naturalmente imposible, porque el pecado ha ido ya como conaturalizándose en el alma. "Aquel, á quien se le rompe un brazo ó se le disloca un hueso, dice San Eligio, no queda bien curado sino á costa de acerbísimos dolores; pero si, colocado al fin el hueso en su lugar, vuelve á rompersele ó dislocársele una, dos ó tres veces, es imposible que llegue á conseguir completa curación. Lo mismo puede decirse respecto de las fracturas del alma."

Efecto en gran manera deplorable de esa facilidad para pecar, es la obstinación que poco á poco va notándose en el alma, y cierto género de sordera espiritual con que se niega el espíritu á oír las voces é inspiraciones de Dios. El primer efecto de la gracia es la voz del Espíritu Santo que nos llama; y por lo mismo, obra son de este Divino Espíritu todas nuestras virtudes cristianas y nuestra propia santificación, de todo lo cual voluntariamente se priva el que se resiste á oírle. Háblanos en primer lugar por medio de las creaturas; y entonces todas ellas, dice San Agustín, son elocuentes, sea cualquiera el estado en que se las considere; las ventajas ó contradicciones que nos ofrezcan, sus infidelidades ó servicios, sus imperfecciones ó defectos, son otras tantas voces de que el Señor se vale para llamarnos. Llámmanos con los beneficios que nos concede en el uso de las creaturas, y llámmanos con la ingratitude y alejamiento que estas nos muestran: clama el cielo y clama la tierra: "No me ames á mí, sino á Dios." Manera ciertamente tiernísima de hablar al corazón, si volvemos los ojos y prestamos atención á lo que nos dicen las creaturas sensibles é insensibles que por todas partes nos rodean. Hombres y animales, las maravillas de la creación y las bellezas del arte, las riquezas y la escasez, las satisfacciones y pesares, y sobre todo, esas abrasadoras ansias que constantemente agitan y atormentan el corazón, todo nos dice que oigamos, que amemos á Dios, evitando con incansable afán la horrible desgracia de ofenderle y purificando el alma de todas sus antiguas manchas y desordenados afectos.

"Por qué pensáis, dice con admirable espíritu de observación el Santo Obispo de Hipona, por qué pensáis que se encuentran tantos disgustos y dificultades cuando se corre en pos de las crea-

turas? ¿por qué tanta infidelidad en ellas? ¿por qué este alejamiento é inconstancia, sino para que nos disgustemos y desistamos de amarlas? ¡Ah! Huyen de nosotros, para que nosotros corramos á Dios. Yo llamo infidelidad á ese cambio é inconstancia; pero más bien debiera llamarle fidelidad y sinceridad, puesto que con ello nos dicen y hacen comprender que Dios sólo es á quien debemos amar. ¡Ah, Dios mío! ¿Para qué sirven todas esas bellezas y placeres de la tierra, que me hacen comprender algo de lo que sois? El resplandor de esa luz que tanto alegra nuestros ojos, la dulce armonía de la música, el olor de los perfumes, la delicadeza del Maná y la dulzura de la miel; todo eso habla á mi alma, y me dice que hay una luz purísima que no se circunscribe á lugar alguno, una armonía que no mide la duración del tiempo, un olor que el viento no disipa, un alimento que al nutrir no disminuye; en fin, un objeto infinitamente amable, cuyo goce no produce hastío jamás." Magnífica pintura, que, sin embargo, es infinitamente inferior á la realidad. ¡Y pensar que haya creaturas racionales, que á este Bien supremo y amabilísimo ofendan por el pecado, labrándose su eterna infelicidad con lamentables reincidencias!

Huyamos, amadísimos hijos Nuestros, huyamos del pecado con todo empeño, y excitemos á todos nuestros hermanos á entrañar en su alma un odio profundo á todo género de aficiones y desórdenes, que de alguna manera constituyan ofensa, aunque levisima, contra nuestro Dios.

#### IV.

Propone á nuestra consideración la Santa Iglesia en este cuarto Domingo de Cuaresma el siguiente pasaje del Evangelio de San Juan:

*"En aquel tiempo pasó Jesús al otro lado del mar de Galilea, que es el lago de Tiberiades: y como le siguiese una gran muchedumbre de gentes, porque veían los milagros que hacía con los enfermos. subióse á un monte y sentóse allí con sus discípulos. Acercábase ya la Pascua, que es la gran fiesta de los judíos. Habiendo pues Jesús levantado los ojos, y viendo venir hácia sí á un grandísimo gentío, dijo á Felipe: ¿Dónde compraremos panes para dar de comer á toda esa gente? Mas esto lo decía para probarte: pues bien sabía El mismo lo*

que había de hacer. Respondióle Felipe: *Doscientos denarios de pan no bastan para que cada uno de ellos tome un bocado. Dícele uno de sus discípulos, Andrés, hermano de Simón Pedro: Aquí está un muchacho que tiene cinco panes de cebada, y dos peces: mas ¿qué es esto para tanta gente? Pero Jesús dijo: Haced sentar á esas gentes. El sitio estaba cubierto de yerba, Sentáronse pues cerca de cinco mil hombres. Jesús entonces tomó los panes: y después de haber dado gracias á su Eterno Padre, repartiólos por medio de sus discípulos, entre los que estaban sentados: y lo mismo hizo con los peces, dando á todos cuanto querían. Después que quedaron saciados, dijo á sus discípulos: Recoged los pedazos que han sobrado para que no se pierdan. Hicieronlo así, y llenaron doce cestos de los pedazos que habían sobrado de los cinco panes de cebada, después que todos hubieron comido. Visto el milagro que Jesús había hecho, decían aquellos hombres: Este sin duda es el gran Profeta que ha de venir al mundo. Por lo cual conociendo Jesús que habían de venir para llevárselo por fuerza, y levantarle por rey, huyóse él sólo otra vez al monte."*

Este cariñosísimo rasgo de la admirable bondad de nuestro divino Salvador con aquellas turbas hambrientas, pinta bien á las claras, amadísimos Hermanos é hijos Nuestros, la amorosa providencia de Dios nuestro Señor en favor de todas las creaturas, y el especial cuidado que tiene de los pobres, hijos suyos predilectos. Muchos siglos hace que nos lo viene recomendando por Moisés en el libro del Deuteronomio: *"Como el águila incita á volar á sus polluelos extendiendo las alas y revoloteando sobre ellos; así el Señor extendió sus alas sobre su pueblo, y le tomó y transportó sobre sus hombros."* Esta forma suavísima de paternal cuidado en beneficio de los pobres, aparece todavía más expresiva en aquellas cariñosas palabras, con que por el inspirado Profeta de las Lamentaciones nos anima á confiar en El: *"¿No es Efraim para Mí el hijo querido, el niño que yo he criado con ternura? Desde que yo le he hablado, le traigo siempre en la memoria; por eso se han conmovido por amor suyo mis entrañas. Y tendré para él entrañas de misericordia, dice el Señor."* Estas palabras tan tiernas nos dan de alguna manera la medida de lo mucho que ama á los pobres Dios Nuestro Señor. El amabilísimo Jesús los prefiere aun antes de nacer, pues quiere ser concebido de una Virgen pobre; y al venir al mundo é iluminarle con los esplendores vivísimos que no siempre puede ocultar su divina

grandeza, aunque tan humillada, los pastores son llamados á adorarle antes que los reyes; y treinta y tres años después, poco antes de dar principio á su dolorosa Pasión para entrar divino triunfador en el Empíreo, no es tampoco á los ricos, sino á los pobres Apóstoles á quienes honra con aquel acto de humillación inefable é incomprensible de lavarles y besarles los piés.

Este amor de nuestro Divino Maestro hacia los pobres deben imitar los ricos, favoreciéndoles con sus limosnas. Muchas son las bendiciones que están vinculadas á este acto de cristiana generosidad; porque así como el rico proporciona consuelo al pobre con la limosna que le ofrece, así el pobre aceptando esta limosna, es para el rico ocasión de que este practique obras en gran manera meritorias y de que por ellas consiga celestiales gracias. Ved si es maravillosamente fecunda la limosna. Sólo Dios Nuestro Señor por su amorosísima y sabia providencia pudiera haber inventado esta misteriosa y necesaria correlación, depositando en las manos de los ricos tesoros temporales para los pobres, y en las de éstos espirituales riquezas para los ricos. Y así se explica que éstos al dar limosna, resulten en realidad los más favorecidos. Contemplad al santo Patriarca Abraham correr al encuentro de los peregrinos que cruzan por las inmediaciones de su tienda, y ved con qué interés, con qué amabilidad y cortesía los saluda y ante ellos descubre su venerable cabeza, invitándolos á descansar en su casa y pidiéndoles con instancias le concedan la gracia de aceptar un cubierto en su mesa y le permitan que les lave los piés. A primera vista parece que ellos deberían ser los que desplegasen todas esas atenciones é interés en pedir hospitalidad; y sin embargo, no es así. Aleccionado por Dios, entendía muy bien este venerable Patriarca que no es tanto el pobre el que debe mostrarse agradecido por los obsequios que se le prestan, como el rico, que en prestarlos recibe especial beneficio haciéndose acreedor á grandes premios.

Ricos y pobres son amados de Dios, y en la conservación de unos y otros brilla su amorosa Providencia. *"Se encontrarán y se necesitarán mutuamente el rico y el pobre: á entrambos los ha criado el Señor,"* dice el Espíritu Santo en el sagrado libro de los Proverbios; palabras muy significativas, que el sabio comentarista Lyrano interpreta así: *"Dios hizo al pobre para que tenga la virtud de la paciencia, y al rico para que socorriendo al pobre,*

tenga el mérito de la misericordia." Y añade San Agustín: "Quiso el divino Jesús que los pobres careciesen, pero por nuestro bien; á todos cuantos pobres veis pudo el Señor alimentarlos, como por medio de un cuervo dió de comer á Elías; pero cuando quiso que éste fuese alimentado por la viuda, después que se hubo retirado el cuervo, esto no lo hizo en favor de Elías, sino de la viuda. Así, pues, cuando Dios forma á los pobres, por lo mismo que quiere que no tengan riquezas, prueba á los ricos, según está escrito por el Espíritu Santo." Pobres y ricos tenemos un mismo Padre, que es Dios, al cual diariamente pedimos el pan del alma y el alimento del cuerpo con aquellas preciosas palabras que El mismo nos enseñó á pronunciar: "*El pan nuestro de cada día, dánosle hoy.*" Para unos y otros hizo brotar de los abismos de la nada esas embelesadoras maravillas que contemplamos en el universo; por el pobre y por el rico pagó con muerte afrentosa en el Calvario la inmensa deuda, que por el pecado había contraído el hombre con la Divina Justicia; y sobre los ricos y los pobres derrama en abundancia los ricos tesoros de su gracia poderosísima, que tan sorprendentes y saludables transformaciones produce en nuestras almas. "Si alguna diferencia hay, dice San Juan Crisóstomo, es que el pobre, á quien tantos menosprecian, es amigo de Dios y miembro místico de Jesucristo, mientras que el rico menospreciador es anatematizado por Dios, como hombre á quien es casi imposible salvar, que recibe su recompensa en esta vida y que aun en ella debe esperar los mayores males, si no emplea con cristiana discreción sus bienes."

Ha decretado el Señor en favor de los pobres lo que no han podido inventar jamás los amadores de la soñada igualdad sobre la tierra. Como que todos los hombres somos hijos de Dios y como á Padre diariamente le invocamos, no se olvida de nuestras necesidades, sino que en virtud de su dominio soberano manda á los ricos que "*de lo mismo que ellos tienen en abundancia alivien la indigencia de los pobres,*" como dice el Apóstol San Pablo escribiendo á los fieles de Corintio, condenando de antemano con esta ley previsorá y sapientísima el escandaloso fausto de los ricos, y previniéndoles que como buenos administradores cuiden de que nada de lo necesario falte jamás á los pobres. Y dá de esto la razón diciendo que quiere que haya entre unos y otros proporcionada *igualdad*. ¡Bondad adorabilísima de Dios Nuestro

Señor, que en el extenso gobierno de tantas y tan diversas criaturas no se olvida jamás del que sufre, y aplica en favor suyo la poderosa influencia de su divina ley, mandando que del pobre cuide con paternal providencia el rico, y advirtiéndole á éste, antes de que sensiblemente se lo haga conocer la desgracia, que el uno y el otro son *iguales*! ¡Ah! ¡Si los ricos se penetrasen bien de la importante significación de esta palabra! Al conocer por una parte la irrevocable voluntad de Dios, que tiene poder altísimo para hacerse obedecer, y por otra, al considerar que mañana pueden llegar á ser pobres, y tal vez con la agravante circunstancia de no haber sido buenos ricos, se convencerían, sin sin duda, de la imprescindible necesidad de hacer participantes á los pobres de las riquezas temporales que solo con esta condición ha depositado en sus manos el Dador de todos los bienes, recordando de paso cuántos más poderosos que ellos han caído en la desgracia viéndose precisados después á llorar en sí mismos con lágrimas de tardío arrepentimiento el cruel abandono en que ellos mismos habían tenido á los pobres en los días de su opulencia.

Meritoria es, y muy santa, la virtud de la caridad, que nos excita á la limosna en beneficio de los menesterosos, y sólo por amor de Dios, que es el que inspira la verdadera caridad. "*Revestíos de entrañas de compasión,*" decía por S. Pablo á los fieles de Colossas el Espíritu Santo; recomendación tiernísima que así comenta S. Juan Crisóstomo: "No dice simplemente: "Compadecéos," sino "Revestíos," de tal manera que así como tenemos siempre puesto el vestido, así permanezca siempre en nosotros la virtud que excita á la limosna. Y fijémonos en que dice: "Entrañas de compasión," porque esa compasión ó misericordia debe proceder del amor de Dios. El es el que nos manda hacer la limosna, y El es el que ha de premiarla. A esto nos excita su amor, que es el único que puede inspirar sentimientos de verdadera compasión hacia el prójimo: por eso nos dice el Evangelista San Juan en la primera de sus Cartas: "*Quien tiene bienes de este mundo, y viendo á su hermano en necesidad, cierra las entrañas para no compadecerse de él, ¿cómo es posible que resida en él la caridad de Dios?*" Estado sobre toda ponderación felicísimo será aquel que con su limosnas hayan conquistado los ricos temerosos de Dios, cuando el divino Jesús les diga, como nos indica en

el Evangelio de S. Mateo: "Venid, benditos de mi Padre, á tomar posesión del reino celestial, que os está preparado desde el principio del mundo. Porque yo tuve hambre y me disteis de comer: tuve sed, y me disteis de beber: era peregrino y me hospedásteis: estando desnudo me cubristeis: enfermo, y me visitásteis: encarcelado, y venisteis á verme y consolarme . . . Siempre que lo hicisteis con alguno de estos mis más pequeños hermanos, conmigo lo hicisteis." ¡Qué mayor dignidad puede concebirse en un hombre, que la de que en él quiera estar representado todo un Dios, de manera que tome como hechos á Sí mismo los servicios que al otro se le hagan? Pues esta dignidad altísima es la del pobre, y debemos constantemente reconocerla para acrecentar con los socorros que le ofrezcamos, los premios amplísimos que el Señor solemnemente promete á los que en su nombre favorezcan al menesteroso. Porque Dios, que es nuestro Padre, ha formado al hombre para su gloria, y quiere que el rico haga de alguna manera sus veces en la tierra socorriendo al pobre, como entre otros muchos mandatos lo expresa abiertamente en el sagrado libro del Deuteronomio: "Por tanto, te mando que alargues la mano á tu hermano menesteroso, y pobre, que mora contigo en tu tierra." Y tan lejos está de acumular bienes sobre los ricos para que éstos gocen de ellos sin repartirlos entre los necesitados sus hermanos, que de su voluntad soberana en favor de los pobres, y de su terrible indignación contra los ricos que se olvidan de los indigentes, como si solo para ellos fuesen los bienes que han recibido de la mano liberabilísima de su Dios, son elocuente testimonio aquellas palabras que, dirigidas por Cristo Nuestro Señor á los judíos, nos recuerda el Evangelista San Lucas: "¡Ay de vosotros los ricos! Porque ya tenéis vuestro consuelo en este mundo."

Olvidados de su propia miseria, que nunca llegarán á conocer bastante, no faltan infelices presuntuosos que, imaginando tal vez en un arranque de febril orgullo ser de distinta naturaleza que los pobres, y olvidando el incalculable beneficio que les ha dispensado el Señor al librarlos de los penosos azares de una pobreza, que por su inmortificación y falta de virtud no hubieran podido soportar, llevan su inconsideración é insana soberbia hasta el grado de menospreciar á los indigentes. A estos desgraciados, se refiere sin duda San Juan Crisóstomo cuando dice: "Si te avergüenzas de los pobres, debes avergonzarte de pertene-

cer al gremio de los discípulos de Jesucristo y renunciar á honrarte con el carácter de cristiano; porque la vida de este Dios fué siempre una vida pobre y laboriosa. Nace en un establo, pasa por hijo de un artesano, no tiene donde reclinar su cabeza, y los oprobios y las humillaciones constituyen su herencia y todas sus riquezas. Si te avergüenzas de los pobres, debes mirar con menosprecio á los Apóstoles, que entresacados de la clase más humilde no tenían oro ni plata, y pasaron sus días en la indigencia y en el trabajo. No debes, pues, invocar á los Santos, ni llevar su nombre, ni postrarte ante sus imágenes; porque es innegable que la mayor parte de ellos nacieron de padres oscuros, y solo les tocaron en herencia los bienes de la gracia y las riquezas del cielo."

¡Ah! No permita el Señor, amadísimos Hermanos é hijos Nuestros, que nos avergoncemos de nuestro noble carácter de cristianos. Amemos por Jesucristo Nuestro Señor á los pobres, y grabemos en el corazón esta divina sentencia del libro de los Proverbios: "Quien se compadece del pobre, da prestado al Señor, y este se lo pagará con sus ganancias."

## V.

En este Domingo de Pasión, que es el quinto de la santa Cuaresma, ofrece á nuestra meditación la Iglesia Católica, nuestra Madre, este tristísimo pasaje de la admirable vida de Cristo Nuestro Señor, según lo refiere el Evangelista San Juan:

"En aquel tiempo decía Jesús á las turbas de los judíos: ¿Quién de vosotros me convencerá de pecado? Pues si os digo la verdad, ¿por qué no me creís? Quien es de Dios, escucha las palabras de Dios. Por eso vosotros no las escucháis, porque no sois de Dios. A esto respondieron los judíos diciéndole: ¿No decimos bien nosotros que tu eres un samaritano, y que estás endemoniado? Jesús les respondió: Yo no estoy poseído del demonio, sino que honro á mi Padre y vosotros me habéis deshonrado á Mí. Pero yo no busco mi gloria: otro hay que la promueve, y él me vindicará. En verdad, en verdad os digo: que quien observare mi doctrina, no morirá para siempre. Dijeron los judíos: Ahora acabamos de conocer que estás poseído de algún demonio. Abraham murió y murieron también los Profetas, y tu dices: Quien observare mi doctrina no morirá eternamente. ¿Acaso eres tú mayor que nuestro padre Abraham, el

cual murió, y que los Profetas, que asimismo murieron? Tú ¿por quién te tienes? Respondió Jesús: Si yo me glorifico á Mí mismo, mi gloria, diréis, no vale nada; pero es mi Padre el que me glorifica, aquel que decís vosotros que es vuestro Dios, vosotros, empero, no le habéis conocido. Yo sí le conozco. Y si dijere que no le conozco, sería como vosotros un mentiroso. Pero le conozco bien, y observo sus palabras. Abraham vuestro padre ardió en deseos de ver este día mío: vióle, y se llenó de gozo. Los judíos le dijeron: Aún no tienes cincuenta años, ¿y viste á Abraham? Respondióles Jesús: En verdad, en verdad os digo, que antes que Abraham fuera criado, yo existo. Al oír esto, cogieron piedras para tirárselas. Mas Jesús se escondió milagrosamente, y salió del templo."

Increíble parece, Hermanos é hijos nuestros amadísimos, que á tal extremo hubiese llegado la maldad y obstinación de los judíos, que se resistiesen á reconocer la divinidad de Cristo Nuestro Señor aun después de tantas y tan estupendas maravillas, que diariamente y por todas las comarcas de Judea y de Galilea venía obrando en testimonio de la celestial doctrina que predicaba. Y á pesar de esta criminal obstinación y de las blasfemias horribles que tenían la temeridad de dirigirle, el pacientísimo y divino Jesús los busca con amorosas ansias deseando atraerlos con eficacia al camino de la verdad. Es esta una pequeña parte de esa monstruosa ingratitude, con que en todos tiempos se ha revelado por desgracia la miseria del hombre; una de tantas páginas de la historia tristísima de la humanidad, en que por correspondencia á los inmensos y continuos beneficios de un Dios, que si es infinito en su grandeza no lo es menos en su misericordia, se registran en número indefinido y con toda su espantosa deformidad ingratitude, inmoralidad, blasfemias y crímenes bastantes á atraer sobre millones de mundos la cólera justísima de un Dios terriblemente vengador. Y sin embargo, hoy, como entonces, el Corazón Sacratísimo de Jesús continúa llamándonos todavía. Parece como que solo se preocupa de nuestra eterna felicidad, y aun á los más grandes pecadores les dice, como en otro tiempo por medio del Profeta Ezequiel: "Yo juro que no quiero la muerte del impío, sino que se convierta de su mal proceder y viva. Convertíos, convertíos de vuestros perversos caminos; y ¿por qué habéis de morir, vosotros los de la casa de Israel?" Porque "cualquiera que invocare el nombre del Señor, nos

dice por Joel, *será salvo.*" Pero preciso es que la penitencia sea proporcionada al número y gravedad de los pecados, pues no habría equitativa compensación en derramar sólo algunas lágrimas para borrar muchísimas y deformes iniquidades. Por desgracia ¡cuántos hay, que como si quisiesen contrariar por sistema estos amorosísimos designios de la infinita bondad de Dios para con los hombres, se resisten á convertirse á él, y continúan corriendo presurosos por el camino del mal! Una y otra vez les dirige el Señor al corazón aquellas significativas palabras del sagrado libro del Eclesiástico: "No tardes en convertirte al Señor, ni lo difieras de un día para otro; porque de repente sobreviene su ira;..." y viendo con dolor que no hacen caso de estas suavísimas invitaciones, cúmplase al fin, para dar satisfacción á la divina justicia, el tremendo castigo que encierran las últimas palabras de aquel amoroso llamamiento: "y en el día de la venganza acabará contigo." Cuando burlando los adorables planes de su infinita misericordia, se rebela el espíritu del pecador y se endurece y obstina su corazón, el Señor parece decir á todas las criaturas lo que hace siglos amenazaba ordenar por Isaías: "Embota el corazón de ese pueblo, tapa sus orejas, y véndale los ojos, no sea que con sus ojos vea, y con sus orejas oiga, y comprenda con su mente, y se convierta, y tenga yo que curarle."

Porque á tal punto llegan algunos en el olvido de la grandeza infinita de nuestro Dios y de la gratitud á que con El están obligados por tantos beneficios recibidos, que aun en sus peticiones se refleja en ellos el espíritu del mundo, como sucedía en épocas muy lejanas con los hebreos en el desierto. Muchos de aquellos infelices habían abusado de la bondad del Señor, y veíanse precisados por lo mismo á padecer el condigno castigo; pero lo extraño era, como dice el Real Profeta, que "cuando Dios hacía en ellos mortandad, entonces recurrían á El." Y ¿de qué manera? Pidiéndole les proporcionase carne y frutas parecidas á las de Egipto; y este mismo linaje de conversión se notaba en los judíos que poblaban la Palestina en los tiempos de Ntro. Señor Jesucristo; por eso, como cansado ya de sufrir tanta incredulidad y dureza de corazón, les decía más de una vez: "Yo me voy, y vosotros me buscaréis, y vendréis á morir en vuestro pecado." Además de los impíos que prácticamente no reconocen más Dios que sus satisfacciones y caprichos, y de los pecadores presuntuosos que entre

ingraticudes y maldades de todo género se acercan con inconcebible serenidad al instante decisivo de la muerte, esperando en el eterno sufrimiento de un Dios á quien durante toda su vida han ofendido con abominable crueldad; hay otro género de cristianos que San Hilario llama *fieles ambiguos*, los cuales si por una parte manifiestan algún temor de Dios, y, sobre todo, de sus eternos juicios, que aparecerán clarísimos con terrible majestad después de nuestra muerte, desmienten en mal hora con sus obras esta mezquina profesión de fe. Y es que, incrédulos en realidad, aunque otra disposición parezcan expresar sus labios, entienden á su manera y siempre en provecho de sus desordenadas pasiones la Providencia adorable de Dios Nuestro Señor, y prométense para cuando ellos quieran, tiempo oportuno para escalar el cielo. Lo cual es ciertamente grande insensatez, y mucho más después de la sábia advertencia que se digna hacernos el Espíritu Santo en el sagrado Libro del Eclesiástico: "*Fianzas indiscretas han perdido á muchos que la pasaban bien, y los han sumergido en un mar de trabajos.*" "Tal es, dice San Antonino, el pensamiento con que el pecador se promete muchas veces larga vida, como si de ella estuviese cierto, y resuelve llevar á cabo muchas empresas en el mundo y en favor del mundo, y entre ellas la de arrepentirse." Pero este pensamiento es malo, peor y malísimo. *Malo*, porque usurpa el pecador lo que es propio de Dios, es decir, lo futuro; pues Cristo Nuestro Señor en los Hechos Apostólicos dice: "*No os corresponde á vosotros el saber los tiempos y momentos, que tiene el Padre reservados á su poder soberano.*" San Bernardo contra el que de esta manera presume del tiempo futuro, se expresa así: "*¿Por qué presumes con tanta temeridad del tiempo futuro, miserable, como si el Eterno Padre hubiese puesto los tiempos y los momentos, no en su potestad, sino en la tuya?*" Este pensamiento es *peor*; porque el tiempo es de valor infinito, y Dios se lo ha dado al hombre para su salvación: en cambio él lo gasta con fatuidad, y aun así presume que Dios ha de seguir dándoselo de nuevo. Es *malísimo*; porque el pecador que tales ocasiones de futura conversión se promete para cuando á él le place determinarlas, no solo ha perdido el tiempo que se le había dado, sino que lo ha empleado en ofender á su Creador.

¡Ah! ¡Cuán triste es, Hermanos é hijos Nuestros amadísimos, pensar que es muy crecido el número de los que, olvidados

de la salvación eterna de su alma, se exponen de este modo á perder para siempre sus eternos destinos! ¿Cuántos no serán en estos desdichados tiempos en que imperan con tanto desenfreno la autonomía de la razón y el loco afán de goces materiales? Fácilmente se puede conjeturar, cuando ya en su tiempo se quejaba San Agustín de que eran comparables á la paja, que al ser trillada por el labrador cae del aire y cubre el trigo casi por completo. Y lo más triste es que ya no pretenden ocultar en las tinieblas sus irregularidades y sus crímenes, sino que de ellos llegan á hacer alarde, y aun se atreven á justificarlos. Hoy, como en los tiempos de San Bernardo, bien podemos dolernos de la ingraticud de muchos que aparecen como fieles hijos de la Iglesia. Una contagiosa corrupción se extiende por todo el cuerpo del Catolicismo, tanto más perjudicial cuanto es más interior, y tanto más alarmante cuanto es más universal. Si contra la Iglesia se levantase un hereje declarándole abiertamente la guerra, ella le expulsaría de su seno, y encontraríase seco como el sarmiento arrancado de la vid: si un enemigo público la atacase con violencia, ella obrando con la prudencia de siempre, evitaría su rigor. Pero tratándose de hijos suyos que la hieren de un modo tan artero, ¿á quién ha de expulsar? Pasan por adictos, y conviértense en enemigos; aparecen como confidentes, y son en realidad sus adversarios; tiéneselos por domésticos, y no viven en paz con ella; parecen afectos, y no buscan más que el interés de sus pasiones. La tristeza de la Iglesia es sobremanera amarga al contemplar las costumbres de muchos que se llaman sus hijos: ni puede alejarlos, ni alejarse de ellos. Tanto es lo que se han multiplicado. Su llaga es incurable: parece que tiene paz, y no es paz verdadera; paz respecto de los infieles y de los herejes; pero no respecto de sus hijos; y esto es propiamente lo que hoy la obliga á exclamar: "*He criado hijos y los he engrandecido; pero ellos me han despreciado.*"

Halagados por las satisfacciones de la vida, no piensan en cambiar de conducta ni en satisfacer á Dios por sus culpas pasadas y presentes; porque ilusos esperan con seguridad que lo que cada día se les va haciendo más difícil, dada la soberanía que sobre ellos ejercen las pasiones, al último de la vida se les hará sumamente fácil. Y ¿qué sucederá? Lo que decía S. Agustín: que este sistema es malo y perjudicial; porque nada impor-

ta que un pecador se arrepienta, si no hace penitencia; no bastan los propósitos para purificarnos de nuestros pecados. La satisfacción que estos reclaman, no pide sólo palabras, sino obras. Y ¿cómo podrá hacer penitencia el que se halla próximo á morir? ¡Ah! Penitencia de este género, dice el Santo Doctor, temo que no muera tan bien. Agravan la situación infeliz del pecador los repetidos y amorosos llamamientos, con que se le invita á renacer á la gracia. Fijanse algunos autores místicos en la funestísima suerte que cupo al desgraciado Judas Iscariote, precisamente en aquel día singularísimo de redención y de gracia, en que el Divino Jesús al morir por el hombre en el Calvario, pide perdón á su Eterno Padre por los mismos que le crucifican, toca con una llamada de amor el petrificado corazón de algunos de sus verdugos, que descienden del sagrado monte hiriendo de arrepentimiento sus pechos, é ilumina con abundantes rayos de su gracia la entenebrecida inteligencia del Buen Ladrón. ¿Como se explica que en un día de tanta misericordia no la haya para el desgraciado Judas? El confiesa su execrable maldad, diciendo que ha pecado entregando la sangre del Justo; restituye lo mal habido, devolviendo á los enemigos de su Divino Maestro los treinta dineros que le habían dado por venderle; y sin embargo, no se convierte. ¿Por qué? Porque había llegado ya por su desdicha á tal grado de obstinación, que no quiso ni aun entonces aprovecharse de la cariñosa invitación de un Dios, que en el exceso de su abatimiento y de su misericordia no se desdenaba de llamarle *amigo* excitándole á convertirse á El. El arrepentimiento de Judas, más que penitencia, sonaba á desesperación. “De nada le aprovechó, dice San Jerónimo, aquella penitencia tardía, con la cual no pudo expiar ya sus maldades. . . . Esto es lo que en el Salmo se había vaticinado de él: “*Y su oración sea un nuevo delito.*” De modo que no solo no pudo enmendar el crimen de su traición, sino que á éste añadió el del suicidio.” ¡Tantas y tan cariñosas amonestaciones había recibido del Divino Salvador, sin que por ellas se decidiera á enmendar su vida!

No parece sino que algunos infelices, que en sus maldades, blasfemias, incredulidad y obstinación tantos puntos de contacto tienen con aquellos perversos judíos, que se atrevían á tratar al Divino Jesús de Samaritano y endemoniado, esperan como por milagro una nueva luz en sus inteligencias, más ardoroso

impulso en el corazón, que les proporcionen, como digno coronamiento de sus locos afanes por correr tras un soñado progreso contrario al espíritu del Catolicismo, la ansiada felicidad ó en la triste calma, dulce para ellos, del no ser, ó en los eternos goces que nosotros esperamos, los cuales el Misericordioso Jesús que en el sistema de ellos no sabe más que perdonar, fácilmente ha de concederles por uno de tantos milagros parecidos al del llamamiento misterioso hecho en la Cruz al Buen Ladrón. Pero desengañense estos desgraciados, que, incrédulos siempre, truécense tal vez en demasiado crédulos al fin: *El que no cree*, como nos decía el Divino Salvador, *ya está juzgado;*” porque si es posible en un incrédulo inveterado llegar á creer, esto no es en verdad lo ordinario; y persistir en la incredulidad hasta el fin, equivale á buscar con empeño la impenitencia final. Y aun respecto de los que creen y con sus malas obras desmienten su fe, esperar por milagro su futura conversión es una soberana insensatez; porque por lo mismo que los milagros son raros, raras son también las conversiones de este género. Háblase mucho de la del Buen Ladrón; pero ésta, dice San Euquerio, más que animar, debe hacer temblar á los pecadores endurecidos, porque Dimas no aplazó su conversión hasta la muerte, sino que se convirtió tan pronto como por un poderoso rayo de su gracia el Señor iluminó su inteligencia y ablandó su endurecido corazón. “Luego la penitencia, dice este Santo, no ha de ser aplazada para la última hora, sino que debe abrazarse en la primera.”

Veamos, amadísimos Hermanos é hijos Nuestros, veamos constantemente sobre nuestro corazón, para arrancar de él desde luego todo aquello que pueda desviarle de su Dios y endurecerlo en el pecado. Animemos con verdadero empeño y con espíritu de sacrificio á todos nuestros hermanos que tengan la inmensa desgracia de vivir alejados de su Dios, á que se conviertan á El sin demora, penetrados de la gravísima significación de aquella divina sentencia: “*No tardes en convertirte al Señor, ni lo difieras de un día para otro; porque de repente sobreviene su ira, y en el día de la venganza acabará contigo.*”

Como prenda de Nuestro paternal amor, os bendecimos afectuosamente en el nombre del Padre, ✠ y del Hijo, ✠ y del Espíritu ✠ Santo.

Esta Carta Pastoral se leerá *intra Missarum solemnia* en todas las iglesias de este Arzobispado en los cinco domingos de la próxima Cuaresma, distribuyéndose su lectura de manera que en cada uno de los cinco domingos oigan los fieles el párrafo que corresponde al Evangelio de aquel día.

Se leerá también en los Colegios y Escuelas Católicas los días que dispongan sus respectivos superiores, y recomendamos su lectura á los fieles que no pudieren asistir á las iglesias cuando haya de leerse.

Dada en México, á los 12 días de Febrero de 1898.

✠ Próspero María,  
Arzobispo de México.

Por mandato de S. S. Ilma.

Dr. Melanio de J. Vázquez,

SECRETARIO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

✠  
JHS

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS





UAN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

ASOCIACIÓN GENERAL DE BIBLIOTECARIOS

